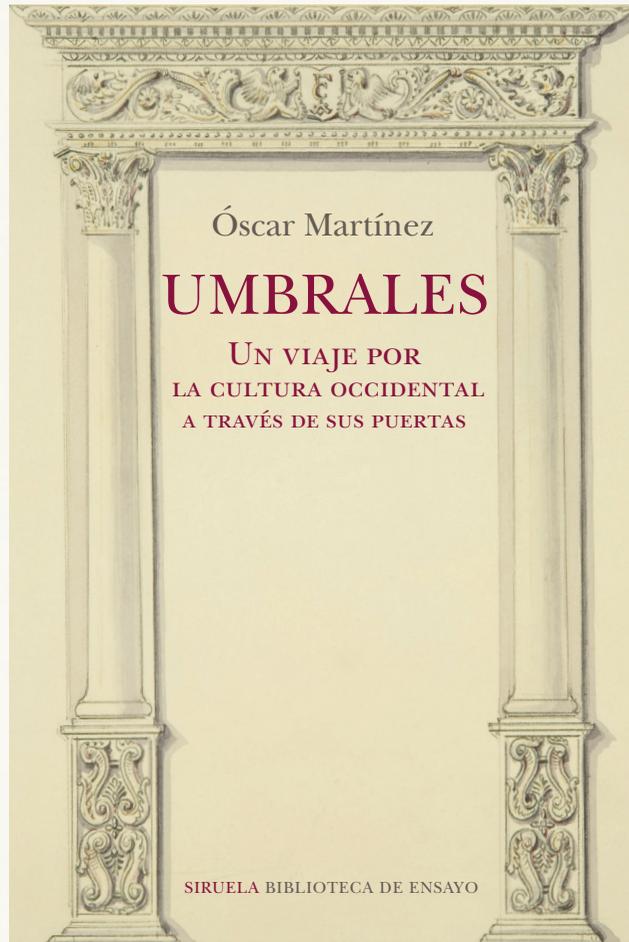


Dossier de prensa

Óscar Martínez
UMBRALES



Un ensayo narrativo que entreabre una veintena de puertas, proponiéndonos un periplo a través de la cultura, el arte, la historia, la simbología y los secretos del periodo en el que fueron levantadas.

«Óscar Martínez nos regala lo mejor de nuestra cultura a través de un ramo de ensayos sobre puertas que revelan el nacimiento de un gran escritor».

LUIS ALBERTO DE CUENCA

Ediciones Siruela

El autor

ÓSCAR J. MARTÍNEZ GARCÍA

(Almansa, Albacete, 1977)

Doctor en Bellas Artes por la Politécnica de Valencia y licenciado en Historia del Arte por la Universidad de la misma ciudad, desde hace más de diez años es profesor de historia del arte, arquitectura, fotografía y diseño en la Escuela de Arte de Albacete. Tras una etapa dedicándose al mundo del arte, como pintor, dibujante y grabador realizando diversas exposiciones individuales y colectivas tanto en España como en el extranjero, en los últimos años desarrolla su inquietud artística desde un punto de vista literario.



«Este libro pretende analizar y destacar algunos de esos umbrales en los que no reparamos, y recordarnos la importancia de esas puertas que muchas veces cruzamos con excesiva prisa y poca atención».

«Cada puerta será un pretexto para zambullirnos en la religión, la cultura y el arte del periodo en el que se construyó. Cada página es también un umbral, por lo que lo único que nos queda es invitar a pasar esta y cruzar así la primera de las puertas con las que está construido este libro».

«*Toda puerta marca un tránsito*»

Este es un texto sobre puertas, sobre qué hace especiales a estos elementos arquitectónicos y sobre cómo el ser humano ha llenado de simbolismos y mensajes los umbrales de sus edificios y construcciones. Sin embargo, no es un libro únicamente sobre arquitectura. Intenta ser también una suerte de libro de viajes que descubra al lector puertas que quizás no conozca y abra sus ojos y oídos a nuevos mensajes, simbolismos e historias sobre umbrales ya conocidos. No cabe duda de que, a lo largo de la historia, el ser humano ha prestado atención a la construcción y a la decoración de las puertas y, de hecho, hay pocos elementos que hayan marcado tanto nuestra civilización. Si hay algo que nos diferencia de nuestros antepasados prehistóricos, además de la escritura, el comercio o la organización social en ciudades, son también las puertas. Y esto es así porque las puertas están íntimamente ligadas a uno de los grandes inventos del ser humano: la arquitectura. No hay arquitectura sin puertas, y casi la práctica totalidad de las puertas en las que podamos pensar están indisolublemente unidas a la noción de construcción arquitectónica.

Pese a lo fundamentales que son para nuestra cultura, el ritmo de vida actual hace que en muchas ocasiones no seamos conscientes de su mera presencia. La rapidez que nos envuelve y nos condiciona y el ansia por alcanzar nuestros objetivos lo antes posible, nos hacen percibir los umbrales y los lugares de tránsito como meros obstáculos entre nosotros y nuestros anhelos. Lo queremos todo y lo queremos ya, y cuando llevamos esta máxima al turismo y a los viajes, las puertas quedan relegadas a un segundo plano. Si visitamos el Panteón de Roma, lo que queremos es entrar cuanto antes sin detenernos demasiado en el exterior, y cuando nos acercamos a la Basílica de San Marcos de Venecia no vemos el momento de penetrar en su interior. De igual manera, apenas dedicamos una mirada distraída a muchos pórticos medievales o a las fachadas de los edificios a los que deseamos acceder en el menor tiempo posible. En estas líneas intentaremos despertar el interés por esos umbrales que tantas veces traspasamos y en tantas ocasiones olvidamos contemplar.

Toda puerta marca un tránsito. El umbral enmarcado por las jambas y los dinteles o los arcos de la entrada es un espacio híbrido, un momento entre dos realidades, la frontera entre dos mundos y dos estados.

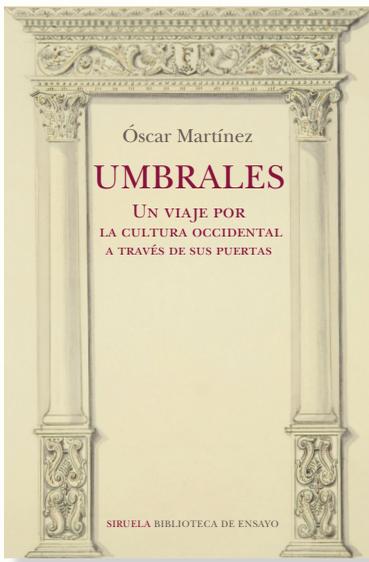
«*Puertas que cuentan historias*»

Este libro comienza con la puerta de una casa, pues a día de hoy quizás sean esos umbrales los que más nos determinan como ciudadanos, pero en seguida se adentra en el terreno de la arquitectura religiosa. La primera gran arquitectura humana fue sin duda la dedicada a los dioses y a su culto, y no es de extrañar que algunos de los más antiguos ejemplos de puertas monumentales se encuentren en templos y santuarios.

Desde la Prehistoria hasta la Edad Media, en los siete umbrales sagrados que se visitan se repasarán culturas arquitectónicas que han conformado la civilización occidental durante milenios. Las entradas a santuarios prehistóricos, a templos egipcios, griegos y romanos y, por supuesto, a iglesias medievales, serán las protagonistas de este primer gran bloque, al que seguirán los umbrales de viviendas, fortalezas, castillos e incluso negocios. Palacios, residencias privadas, murallas y comercios tienen todos ellos puertas de entrada que muchas veces nos cuentan historias que van más allá de la mera función del edificio al que dan acceso. El tercer gran bloque está dedicado a un tipo de umbrales especiales. Algunos de ellos son todavía entradas a edificios y construcciones, pero otros son puertas que nos permiten adentrarnos en otros espacios, no tanto arquitectónicos como simbólicos e imaginarios. En efecto, la pintura y la arquitectura pueden abrirnos posibilidades perceptivas que amplían nuestra experiencia del mundo, permitiéndonos viajar a entornos simbólicos que enriquecen la realidad.

Estas páginas terminan con la entrada a una casa, aunque en esta ocasión no se trate de la de una vivienda de la Antigüedad romana, sino de la puerta de un moderno apartamento. Se cierran así el círculo y la lista de umbrales. De lo privado a lo sagrado, pasando por lo simbólico y lo militar para terminar de nuevo con la puerta de una vivienda.

La lista de umbrales que se visitará en estas páginas es subjetiva. No pretende en ningún momento ser un recorrido exhaustivo por la historia de la arquitectura, sino tan solo por algunos de los ejemplos que puedan permitir atisbar la importancia extraordinaria que estos elementos han tenido en el desarrollo de la civilización humana en algunos lugares de lo que habitualmente se conoce como Occidente.



UMBRALES

Un viaje por la cultura occidental
a través de sus puertas

ÓSCAR J. MARTÍNEZ GARCÍA

Biblioteca de Ensayo nº 118

300 págs. aprox., rústica con solapas

ISBN: 978-84-18708-27-5

PVP: 19,18 / 19,95 €

Índice

INTRODUCCIÓN

UN PRINCIPIO

Buena fortuna a quien entra y a quien sale
CASA DE LOS VETTII (Pompeya)

UMBRALES SAGRADOS

Rostros en el paisaje
DOLMEN DE MENGA (Antequera)

Mitos, dioses y superhéroes
ABADÍA DE SAINTE-FOY (Conques)

Del cuadrado al círculo; del aquí al más allá; de la Tierra al Cielo
PANTEÓN DE ADRIANO (Roma)

Oriente en Occidente
BASÍLICA DE SAN MARCOS (Venecia)

La inconfesable belleza de una buena mentira
TEMPLO FUNERARIO DE RAMSÉS III (Medinet Habu)

De columnas, árboles y bosques
TEMPLO DE LA CONCORDIA (Agrigento)

Un arcoíris de piedra
IGLESIA DE SANTA MARÍA DE LOS REYES (Laguardia)

ACCESOS A LO PRIVADO

El afortunado fruto de un golpe de fortuna
JOYERÍA FOUQUET (París)

Fe, belleza y geometría
FACHADA DEL PALACIO DE COMARES DE LA ALHAMBRA (Granada)

Renacimientos octogonales en el sur de Italia
CASTEL DEL MONTE (Apulia)

Cárcel y refugio
PORTAL DE SERRANOS (Valencia)

Un monstruo necesario
REJA DE LA FINCA GÜELL (Barcelona)

Vínculo entre la Edad Media y el Renacimiento
CASTEL NUOVO (Nápoles)

ENTRADAS A OTROS MUNDOS

Una puerta para todos los vivos, el resto para un solo muerto
COMPLEJO FUNERARIO DEL FARAÓN DJOSER (Saqqara)

Accesos entreabiertos al mundo de las imágenes
VILLA BARBARO (Maser)

Puerta de entrada a la modernidad
EDIFICIO DE LA BAUHAUS (Dessau)

Un umbral ¿a la inmortalidad?
ARCO DE TITO (Roma)

Infiernos interiores
PARCO DEI MOSTRI (Bomarzo)

Reina diabólica de los engaños
PERSPECTIVA SPADA (Roma)

Un regalo oculto para la vista y el espíritu
QUINTA DA REGALEIRA (Sintra)

A cada época su arte
PABELLÓN DE LA SECESIÓN (Viena)

UN FINAL

En un lugar de la Mancha
POETA GARCÍA CARBONELL N°10, 1° D-A (Albacete)

Fragmento de *Umbrales*

Templo de la Concordia (Agrigento)

De columnas, árboles y bosques

Hay centenares de edificios cuyas entradas están decoradas con columnas. El propio Panteón es quizás uno de los más famosos, pero la lista es prácticamente inacabable. El Congreso de los Diputados en el centro de Madrid y el Capitolio en Washington, o museos como el Prado, el Metropolitan de Nueva York y el British de Londres, son solo unos pocos ejemplos de estos pórticos columnados. Y como vemos, no son edificios cualesquiera. Estamos hablando de universidades, museos o sedes de organismos oficiales, no de ferreterías ni de lavanderías, con todo el respeto para esos dignísimos negocios. Parece como si las columnas, y si además son grandes mucho mejor, infundieran una especie de honorabilidad a los edificios que con ellas visten sus puertas. Da igual si después dentro de esos congresos se pervierte el sentido de lo que debería ser la política, o si entre las paredes de los museos se muestran las pruebas del delito de un pasado colonial y saqueador. Los pórticos con columnas nos remiten a un tiempo de esplendor antiguo y ya se sabe que, desde hace siglos, todo lo que desprenda un ligero aroma a clasicismo está bien visto en Occidente. A pesar de ello, y por curioso que pueda parecernos, el colocar una hilera de columnas en el exterior de un edificio no es en absoluto una idea lógica ni innata. Las columnas fueron desarrolladas por la arquitectura egipcia para soportar el techo de enormes salas, pero en ningún momento se les ocurrió sacarlas al exterior de los templos. Esta innovación, sin duda una de las más influyentes de toda la historia de la arquitectura, fue obra de los antiguos griegos al comenzar a construir sus primitivos santuarios.

La llegada a Agrigento desde Palermo hace veinte años era prácticamente una odisea. La red de autopistas de la isla no es la más tupida de Italia y las carreteras que cruzan Sicilia de norte a sur estaban plagadas de curvas, baches y una manera de conducir que, para quien no está acostumbrado, parece más cercana al tráfico de El Cairo que al de Milán. Pese a los obstáculos, durante los escasos ocho meses que viví en Palermo viajé a Agrigento hasta en tres ocasiones. Es evidente que el esfuerzo valía la pena. Los madrugones y la vuelta a la capital de la isla ya con noche cerrada se veían plenamente recompensados con la visita de las ruinas del conocido como Valle de los Templos. Enclavada al sur de la localidad y cerca de un Mediterráneo ya prácticamente africano, esta zona arqueológica es una de las

más extraordinarias de toda Europa y el viajero hará bien en descubrirla sin prisas, pues nada se pierde si no visita la ciudad, para muchos la más fea de toda la isla. Pero las ruinas son harina de otro costal. En el límite de una meseta sobre la que se levantaba la antigua Akragas de los griegos, hoy en día se conservan restos de hasta siete templos, muchos de ellos casi totalmente destruidos y con apenas unas cuantas columnas en pie. Sin embargo, entre los capiteles desparramados por el suelo y la escasa vegetación, y en una situación central y privilegiada, se levanta majestuoso el templo de la Concordia, uno de los mejor conservados de toda la Antigüedad y un ejemplo perfecto de aquellas primeras construcciones en las que un pórtico de columnas servía de antesala al edificio.

Rodeado por una hilera de columnas conocida como peristilo y con seis de ellas en el lado de la puerta, el templo está resuelto con un perfecto orden dórico y constituye uno de los prototipos de edificio religioso griego del siglo V a. C. Como los otros templos de Agrigento y casi todo el resto de casos conocidos de la antigua Grecia, el templo de la Concordia está perfectamente alineado según un eje este/oeste, lo que significa que su puerta principal estaba orientada al sol naciente. Nada se sabe sobre su primitivo culto, pues el nombre por el que se conoce en la actualidad proviene de tiempos posteriores y no tiene ninguna relación con la divinidad griega a la que debió de estar dedicado. Lo que sí es seguro es que, mil años después de su construcción, el templo fue convertido en iglesia cristiana. Un obispo de nombre Gregorio afirmó haber derrotado a dos demonios paganos que habitaban el edificio, pudiendo así dedicarlo a los santos Pedro y Pablo. El hecho de apropiarse totalmente de un santuario anterior para transformarlo en lugar de culto de otra religión es un fenómeno más habitual de lo que podría pensarse. En la propia Sicilia puede visitarse la catedral de Siracusa, construida sobre las ruinas de otro templo griego y que todavía conserva varias columnas dóricas embebidas en los muros exteriores. También el célebre Partenón de Atenas fue transformado, primero en iglesia dedicada a Santa Sofía y más tarde incluso en mezquita musulmana. Y en la Península Ibérica tenemos casos tan conocidos como la mezquita de Córdoba, convertida en catedral tras la conquista de la ciudad por el ejército castellano de Fernando III.

El porqué de estas transformaciones ha intentado ser aclarado de diferentes maneras. En multitud de libros y publicaciones triunfa una explicación de corte pseudocientífico que alude a unas hipotéticas corrientes de energía telúrica que se cruzarían en determinados lugares. Esos nodos de energía habrían sido percibidos desde antiguo por chamanes, druidas y sacerdotes, estableciendo allí sus primitivos santuarios gracias a las emanaciones espirituales del emplazamiento. Lo que

las sucesivas creencias y religiones habrían hecho no es otra cosa que perpetuar esos lugares de culto para poder beneficiarse de esa potencia mística. De ahí las iglesias construidas sobre las mezquitas a su vez situadas encima de templos romanos que compartían localización con antiguos santuarios prehistóricos. Hay que reconocer que es una teoría atractiva que incluso encierra algún rasgo poético. Por desgracia, es imposible de comprobar a día de hoy y es muy probable que sus argumentos no sean más que imaginaciones. Como afirma el principio filosófico conocido como “la navaja de Ockham”, la explicación más sencilla suele ser la más probable, por lo que lo más factible es que este tipo de transformaciones tuvieran unos motivos más prosaicos. Los arqueólogos e historiadores se decantan por explicar estas metamorfosis según criterios de reutilización de materiales, con ejemplos como las columnas romanas en la mezquita de Córdoba, o motivos políticos. Cuando una cultura conquistaba un territorio no solo imponía su sistema político y financiero, sino que también arrinconaba a los antiguos dioses y promovía los propios, muchas veces colocando sus templos en el mismo lugar en el que se adoraban las divinidades derrotadas.

No sabemos qué motivó la conversión del templo de la Concordia en iglesia, pero lo que sí conocemos son las transformaciones arquitectónicas a las que fue sometido el edificio. Lo primero que se decidió fue cambiar la colocación de la puerta. Si la primitiva entrada miraba a oriente, la de la iglesia se colocó en el extremo opuesto, siguiendo una norma que muchos santuarios cristianos mantuvieron durante siglos. También se horadó el muro de la cella o santuario interno del templo con el objetivo de ampliar el espacio interior del edificio. Y por último, se construyó un muro perimetral que unió las columnas que rodeaban la primitiva construcción. Con ello el edificio perdió la que había sido su característica fundamental: la hilera de columnas que lo rodeaba. Por suerte, este muro fue eliminado a finales del siglo XIX y hoy en día el templo de la Concordia ofrece un aspecto muy similar al de hace más de dos mil cuatrocientos años. El aspecto de un bosque de columnas que rodea un santuario.

Entre la luz dorada de una de las salas de la Galería Borghese en Roma se conserva una de las mejores imágenes que jamás se haya creado del mito. Un todavía joven Gian Lorenzo Bernini talló milagrosamente el mármol por encargo del cardenal Escipión Borghese para materializar en piedra la historia que desde hacía milenios se contaba entre los griegos. En el momento en el que Eros disparó sus flechas, el destino estaba escrito. La de oro alcanzó al bello Apolo, ya de por sí enamorado, pero la de plomo dio de lleno en el perfecto cuerpo de la ninfa Dafne. De ese modo, Apolo cayó inmediatamente enamorado de ella, pero esta le aborreció con

la misma rapidez. Durante días, el dios intentó conseguir los favores de la joven, si bien ella consiguió zafarse de las casi siempre innobles acometidas de Apolo. Pero es prácticamente imposible huir de un dios. Por muy ninfa que una sea, los poderes y las habilidades de los dioses escapaban al control de Dafne y finalmente Apolo logró abalanzarse sobre la doncella. Desesperada, Dafne pidió ayuda a su padre, un espíritu fluvial que ante la inminente captura de su hija decidió transformarla en árbol para así salvarla de la lujuria de su perseguidor. Justo en el momento en el que el dios posaba sus dedos sobre la ninfa, su piel fue corteza, sus piernas tronco y raíces, y sus brazos y manos ramas y hojas. En un mágico instante, Dafne se convirtió en laurel y Apolo se sorprendió a sí mismo abrazado a un arbusto. Pese a no haber podido conquistar a la ninfa, el dios decidió convertir el laurel en su árbol sagrado, luciendo desde ese momento una corona de sus hojas como atributo y haciendo que ese mismo follaje se mantuviera siempre verde sin importar la estación del año. La de Bernini es seguramente la representación más célebre de esta historia y el propio relato es también, probablemente, la narración más conocida de la íntima relación que para los antiguos griegos existía entre sus dioses y los árboles.

Los alrededores del templo de la Concordia no parecen el mejor lugar para hablar sobre bosques. Con un clima de veranos extremos y temperaturas más propias del norte de África, la zona de Agrigento es un territorio árido y seco en el que poco queda a día de hoy de sus antiguas arboledas. No obstante, y a pesar de lo que pudiera parecer, las columnas que rodean el templo y que flanquean su puerta de entrada nos incitan a reflexionar sobre el mundo vegetal. Al igual que para prácticamente todas las culturas humanas, para los griegos el árbol era un elemento de una potencia simbólica extraordinaria. Auténtico eje del mundo, era visto como una metáfora de la unión entre diferentes niveles espirituales. Con sus raíces simbolizando el inframundo subterráneo, su tronco la existencia terrenal humana y sus ramas y copa la bóveda celeste, el árbol era una representación del cosmos. Los escandinavos veneraban al fresno sagrado Yggdrasil, auténtico árbol del universo; el príncipe Siddhartha Gautama se convirtió en el Buda al sentarse a meditar bajo un ficus y alcanzar la iluminación; y Adán y Eva incumplieron el mandato divino al comer el fruto del árbol del paraíso y fueron expulsados del Edén y obligados a trabajar durante el resto de sus vidas. No es por tanto de extrañar que también los griegos veneraran a los árboles, les dieran un papel central en su religión y asociaran una especie al culto de cada divinidad. De ese modo, además del laurel de Apolo, Zeus se relacionaba con el roble, Atenea con un olivo como el que todavía crece junto al Erecteion en la Acrópolis y Hades, dios del inframundo, con los cipreses que despuntan por encima de los muros de nuestros cementerios. Ahora bien, si un árbol era un elemento simbólico trascendental, imaginemos la importancia de todo un bosque.

Pese a que no quede prácticamente ningún rastro de ellos, se cree que los primitivos santuarios religiosos griegos debieron de estar situados en medio de bosques. ¿Qué mejor lugar para adorar a Zeus que un claro en mitad de un robledal? ¿Puede imaginarse un emplazamiento más idóneo para un altar a Atenea que una roca rodeada por cientos de olivos milenarios? De ese modo, cuando siglos después los antiguos griegos comenzaron a levantar sus primeros templos decidieron reproducir arquitectónicamente la espesura que rodeaba a sus ancestrales lugares sagrados. Y transformaron los árboles en columnas. Y convirtieron el bosque en el peristilo que rodea el santuario donde reside la estatua de la divinidad. Y consiguieron sublimar la naturaleza mediante su metamorfosis simbólica en arquitectura construida. Aquellos primitivos templos estaban contruidos de madera, con lo que en muchas ocasiones cada columna era un tronco, y de ese modo el simbolismo era todavía más patente y directo. Por desgracia, tampoco nos ha quedado nada de esos santuarios, pues los griegos pronto comenzaron a sustituir la perecedera madera por la piedra, símbolo a su vez de lo eterno y lo inmutable. Poco a poco y a lo largo de sucesivas generaciones, los sillares de piedra tallada fueron reemplazando a los troncos y a las vigas de madera hasta alcanzar un punto en el que prácticamente todos los nuevos edificios eran totalmente contruidos con mármol, caliza o arenisca. Con el tiempo, el eco de los bosques fue quedando atrás. Finalmente, el rumor del viento entre las hojas de los laureles fue reemplazado por el sonido de las sandalias y los bastones sobre las losas de piedra. De manera inversa a Dafne al transformarse en laurel, la naturaleza se había metamorfoseado en arquitectura. Aun así, un viajero sensible todavía será capaz de escuchar el lejano sonido de los árboles. Si lo hace, se dará cuenta de que al traspasar una puerta flanqueada por columnas lo que en realidad está haciendo no es otra cosa que cruzar la frontera del bosque sagrado en el que desde hace milenios el ser humano imaginó la morada de sus dioses.

Pero en Agrigento no podemos cruzar el umbral del templo de la Concordia. Podremos imaginar que atravesamos el confín de ese bosque sagrado al que acabamos de aludir, pero el edificio que se alza ante nuestros ojos está rodeado por una valla metálica que nos impide acceder al interior. En el Museo Británico o en la Gliptoteca de Múnich no existe ningún impedimento para que podamos pasar entre las columnas de las puertas, e incluso en días señalados se nos permite acceder al Congreso de los diputados. Por desgracia, la entrada al templo de la Concordia o al Partenón de Atenas nos está vedada. Y no siempre ha sido así. Los libros de historia de la arquitectura están llenos de fotografías de viajeros en el interior de muchos edificios antiguos. Sin embargo, el actual turismo masivo nos ha convertido a todos en potenciales peligros para el patrimonio. Somos ya tantos

visitando tantos lugares que aunque el comportamiento incívico sea la excepción, las necesarias medidas de seguridad y protección de los monumentos nos privan de experiencias que deberían ser absolutamente imprescindibles. Somos una auténtica plaga, un virus que de no ser controlado, provocará la destrucción de los lugares en los que nos acumulamos. Y ello nos impide disfrutar de la arquitectura de una manera completa y satisfactoria. El no poder cruzar los umbrales de estos santuarios antiguos nos obliga a verlos desde el exterior. ¿Sigue siendo una puerta un umbral que no puede traspasarse? ¿Un templo cuyo interior no puede descubrirse es realmente una obra arquitectónica? La experiencia de la arquitectura es eminentemente sensorial. Para descubrir un edificio es necesario vivirlo, habitarlo aunque sea tan solo durante unos minutos, moverse entre sus recovecos para percibir el espacio y el volumen, sentir los cambios de temperatura al caminar entre sus estancias y las diferentes inclinaciones de la luz al avanzar el paso de las horas. Los monumentos que no pueden visitarse quedan reducidos a maquetas de tamaño real, algo intrínsecamente absurdo. No son verdaderamente arquitectura, sino paradojas contradictorias como aquel mapa del cuento de Borges que llegó a tener el mismo tamaño que el territorio que representaba. Y no olvidemos que aquel mapa acabó por ser abandonado por su absoluta inutilidad. Ojalá no ocurra lo mismo con estos edificios que no se nos permite visitar.

A apenas treinta kilómetros al oeste de París se encuentra una de las obras maestras de la arquitectura moderna. Elevándose majestuosa en el centro de un claro rodeado de árboles, la Ville Savoye de Le Corbusier ejerce un magnetismo extraordinario desde que se construyó a finales de la década de los años veinte del siglo pasado. Con su impoluta blancura y sus puras y limpias líneas geométricas, se convirtió inmediatamente en un símbolo de la nueva construcción moderna. Al acercarnos a la vivienda, un elemento llama poderosamente nuestra atención. Rodeando la planta baja aparecen trece esbeltos pilares que parecen sujetar toda la masa de la primera planta. La referencia es evidente. Después de descubrir la arquitectura clásica en 1911, Le Corbusier quedó fascinado con algunas soluciones constructivas griegas y en la Ville Savoye quiso hacer un claro homenaje al peristilo, transformando los antiguos soportes de piedra en delgados pilares de hormigón. Como vemos, la idea griega de abrazar una construcción con una línea de columnas ha tenido un impacto tremendo en la historia. Desde hace dos mil quinientos años hemos abarrotado el mundo con peristilos y pórticos columnados. Los podemos encontrar en Europa, pero también en casi cualquier ciudad norteamericana, en las capitales del Caribe o en la señorial Buenos Aires. Ni siquiera África, Asia y Oceanía se libran de esta invasión arquitectónica, pues, junto con la colonización comercial y militar, los europeos exportamos nuestras obsesiones artísticas y simbólicas. Y estos bosques de columnas están sin duda entre ellas. Desgraciadamente, durante estos dos últimos siglos hemos destruido a

la vez que construíamos. Levantábamos universidades, juzgados y ayuntamientos en mitad de columnas que simbolizaban antiguos árboles sagrados, pero al mismo tiempo quemábamos y talábamos los verdaderos bosques. Por bellas que sean las columnas dóricas que guardan la puerta del templo de la Concordia de Agrigento, ni siquiera los antiguos griegos fueron capaces de lograr que la piedra hiciera la fotosíntesis. Y, en un futuro mucho más cercano de lo que creemos, necesitaremos de todos los bosques posibles. Los arquitectónicos y simbólicos, pero, sobre todo, aquellos en los que las ramas de los árboles se acarician entre ellas cuando sopla la brisa.

Han dicho de *Umbrales*

«Esta invitación a cruzar puertas y umbrales es un peregrinaje fantástico a lugares de impactante belleza e historia; viajando a través de tiempos y paisajes con un cicerone tan ilustrado como ameno, en veintitantas visitas varias, estupendas e inolvidables».

CARLOS GARCÍA GUAL

«Un recorrido que hará que no volvamos a cruzar, por banal que pueda parecernos, un umbral sin abrir bien nuestros sentidos. Leerlo ha sido una invitación a viajar de nuevo, si cabe, con más ambición que antes».

ALDO GARCÍA, Librería Antonio Machado

«Óscar J. Martínez García nos enseña que atravesar puertas y cruzar umbrales puede constituir un gozoso viaje de descubrimiento, repleto de secretos, enigmas y lugares misteriosos. Con la dosis justa de erudición, *Umbrales* nos cautiva, emociona e instruye a partes iguales. ¿Se puede pedir algo más a un libro?».

MARÍA BELMONTE

«Tentador y original ensayo, escrito en un estilo que mezcla conocimiento didáctico y narración apasionante».

MIGUEL CANO, *El Cultural*

«Este libro es el *El infinito en un junco* de las puertas».

JESÚS LENS, *Ideal*

Si necesitas más información, puedes contactar con:

Elena Palacios

epalacios@siruela.com

Tel.: 91 355 57 20